

12.000 en el Noroeste de América desde el estrecho del Rey Guillermo y en dirección al Norte. Las cifras son en sus detalles muy variables ora por el frecuente cambio de residencias ora por el exceso de defunciones sobre los nacimientos. La tripulación del *Hansa* encontró despoblada la isla de Iluidlek (Groelandia oriental) en donde Graah vió á una familia compuesta de seis personas. Existen varios ejemplos de cambios de residencia motivados por alteraciones ocurridas en el número de animales de caza, y esto se explica más fácilmente cuando se recuerda que sólo se encuentran territorios favorables á la caza de la foca allí donde pueden atravesarse extensas superficies heladas. Los viajes de esquimales sueltos sin rumbo fijo que pueden calificarse de viajes de exploración no son acontecimientos raros: á este propósito recordaremos la narración de Bessel relativa á un hombre que nacido en la isla de Cumberland emigró con su padre hasta el cabo Isabella, en donde se unieron ambos á una tribu desconocida, en cuya compañía fueron á parar finalmente á Ita, en el estrecho de Smith. McClintock habla de un esquimal que durante el verano fué visto en la isla de Durban y al invierno siguiente aparecía en Ponds Inlet habiendo tenido que recorrer para ello una distancia de 950 kilómetros.

No son mayores las relaciones políticas entre los norte asiáticos: cada una de las diez tribus en que se dividen los yakutas apenas contará, por término medio, más de 300 individuos. No cabe suponer una sólida organización de tribus en aquellos puntos en que, como en el territorio del Kolima, se da el caso de haber un hombre por cada 105 verstas cuadradas. Quizás indican un resto de más sólida organización los nombres de las diez tribus yakutas que se denominan *egin*, al paso que las cuatro primeras son designadas con los nombres de *njatusch*, uno y dos *baidín*, uno y dos *kangalak* y *borogón*. El hecho de que cada tribu tenga sus ancianos y de que éstos formen una especie de comité administrativo especialmente como representación enfrente del gobierno debe atribuirse indudablemente á la influencia rusa.

Es de creer que las relaciones mutuas existentes entre estos pueblos han de ser necesariamente pacíficas por lo mismo que están diseminados en territorio bastante extenso para hacer imposibles las frecuentes contiendas y dado que en la principal fuente de sus recursos, el mar, no puede ser muy grande ni muy reñida la competencia. A pesar de esto sus tradiciones hablan de luchas y de guerras, pero nos parecen un tanto sospechosas por el hecho de ser en la actualidad muy raras las luchas sangrientas; quizás la fantasía de estos ardientes hijos del hielo reproduce muy aumentados estos cuadros sobre el fondo gris del olvido en que está envuelta la historia de su pasado. Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en la actualidad las relaciones internacionales de los esquimales están ordenadas de tal manera que casi podemos decir que existe entre ellos una especie de derecho de gentes que las regula y cuyo rasgo fundamental es el precepto de que nunca una tribu lucha contra otra, sino que aun en aquellos casos en que tribus enteras disienten de opinión, queda el asunto zanjado por cierto número de hombres escogidos por cada parte. ¿No podría muy bien ser que esta situación obedeciera á la idea de que en estas regiones tan despobladas sería una locura sacrificar á más de un número reducido de individuos? Ya se comprenderá que es más fácil arreglar una contienda cuando está personificada en unos pocos que cuando tribus enteras se consideran llamadas á resolverla por medio de la guerra.

Es digno de notarse el miedo que sienten hacia los es-

quimales sus vecinos indios: Franklin vió con sorpresa las precauciones que tomaban sus guías indios de la tribu de los *tshipewahis* cuando llegaron á las cercanías de las residencias de los esquimales del río de las Minas de Cobre; desde aquel momento no encendieron fuego sino con la mayor cautela, evitaron los senderos que conducían á las alturas y pintaron con los más siniestros colores el carácter traidor de los esquimales. Hasta en sus leyendas el país esquimal representa el papel de una isla remota á la que fueron conducidos como esclavos algunos indios y de la que sólo milagrosamente pudieron volver. Esto no obstante, existen pruebas de que los esquimales han estado en contacto con los indios y Klutschak afirma que los esquimales del continente tienen en su idioma una palabra para designar á los pieles rojas. El tráfico mercantil entre unos y otros existe desde hace mucho tiempo debiendo confesarse que los pueblos del Sud han dejado sentir su influencia entre los esquimales. El tráfico ha adquirido en el lejano Oeste y en el Este un carácter político. Los *kaniagmutes* del archipiélago Kadiak que en otro tiempo lucharon como héroes contra los rusos, fueron sojuzgados á consecuencia de una guerra por los *kolosches* sedentarios de la parte septentrional de Kadiak y hubieron de aceptar caudillos hereditarios que los vencedores les impusieron y que, según Pinart, subsisten todavía á pesar de hacer mucho tiempo que los *kolosches* han sido á su vez sometidos por los *kaniagmutes*, y entre los cuales encontramos las formas que más se desvían del tipo esquimal como también las singulares deformaciones de la cabeza. Más tarde, el trato pacífico ha hecho prosperar entre los vecinos hiperbóreos algunos injertos indios como por ejemplo el uso de las máscaras. Los esquimales de Labrador se han visto también muy acosados por sus vecinos indios, pero en la actualidad reina la tranquilidad entre ellos gracias á haberse retirado un poco cada uno por su parte los dos contendientes. Sin embargo en tiempo de Ellis estos esquimales del Sudeste fueron devastados, combatidos, hechos prisioneros y asesinados por los indios de las orillas meridional y occidental de la bahía de Hudson, los cuales dieron como pretexto, entre otros, el de que aquéllos tenían la culpa de su poca fortuna en la caza siendo por esta razón tachados de hechiceros. F. Boas ha indicado la probabilidad de que haya surgido en los últimos 40 años un pueblo mestizo de *ugjulikes* y *neitschillikes*; según parece, los primeros, que habitaban en la tierra del Rey Guillermo y en la península Adelaida, se trasladaron al territorio de los segundos (*Boothia Felix*) como emigrantes sueltos, impulsados muchos de ellos por la necesidad de crearse en extranjero país una familia que la escasez de mujeres no les permitía fundar en el suyo.

Las diversas tribus esquimales no son enteramente idénticas por más que los rasgos fundamentales de su existencia y de sus actos sean los mismos aun en territorios entre sí muy distantes; así por ejemplo entre las tribus de la tierra del Rey Guillermo los hombres se distinguen por el corte del cabello y las mujeres por pequeños detalles del tatuaje, tales como la longitud y el número de líneas dibujadas en la barba y en los labios. Los *eivillikes* llevan el cabello largo y caído sobre las sienes y cortado en línea recta únicamente sobre la frente; los *neitschillikes* se cortan el pelo muy corto y los *kinipetus* finalmente lo llevan largo pero separado en la coronilla formando una especie de tonsura. Los que más se desvían del tipo medio son las extremas ramificaciones orientales y occidentales de la Groelandia oriental y los habitantes de la costa meridional de la península Chuktche: en las primeras ha tenido lugar,

como lo demuestra de un modo casi irrefutable la naturaleza corporal y espiritual de sus individuos, una mezcla con inmigrantes extranjeros, probablemente procedentes de tribus escandinavas; los últimos han perdido, gracias al contacto con los *chuktches* rengíferos, algunas cualidades genuinamente esquimales, como la clavija en los labios y las viviendas de tierra.

CAPITULO VI

RELIGIÓN DE LOS HIPERBÓREOS.

«De la religión ó, por mejor decir, la superstición de los groelandeses.»

CRANZ.

Los rasgos fundamentales de las religiones hiperbóreas pertenecen á la religión universal. — El alma. — Los espíritus y los fantasmas. — El Ser Supremo. — Sol y luna. — Constelaciones. — Dioses de la creación. — *Tongarssuk*. — *Sedna*. — Tempestad y trueno. — Infierno y vida futura. — Algunas muestras de leyendas hiperbóreas. — La superstición trivial. — Fetiches. — Influencias extranjeras. — El sacerdocio. — El fondo religioso. — La muerte y la sepultura.

Los rasgos fundamentales de las religiones hiperbóreas son idénticos á las nociones actualmente comunes á la humanidad: por un lado encontramos la idea de una divinidad única de la cual no se han hecho ídolos y por otro la de una vida futura en un eterno verano y la creencia en el cielo y en el infierno, es decir en otra existencia buena y mala. Junto á estas nociones capitales agrúpanse un culto de nociones supersticiosas que se refleja así en las relaciones recíprocas de las tribus como en la vida social de cada una de estas y que imprime su sello aun en los más pequeños detalles de la vida de familia. La superstición es la norma de la existencia y sus raíces ahondan tanto más cuanto que va unida á la creencia en el regreso de las almas de los difuntos, fuente de un verdadero culto de las almas al cual pertenece lo poco que en punto á ídolos se encuentra entre los hiperbóreos y que por lo demás no se diferencia gran cosa del fetichismo.

De entre las creencias de los esquimales lo que sobresale de una manera más tangible y más eficaz es el alma á la cual se considera como un ser independiente que puede abandonar al cuerpo, visitar remotos lugares y volver á encarnarse en aquél. Aun cuando el alma que sobrevive á la muerte tiene la misma forma y presenta el mismo aspecto que el cuerpo, es de condición tan delicada que sólo determinados hombres de inteligencia privilegiada pueden ver una de esas almas libres y ponerse en relaciones con ella. Cranz encontró muy extendida entre algunos groelandeses la creencia en dos almas distintas, la respiración y la sombra: las almas sombras, *tupilakes*, vagan alrededor del muerto durante tres días, transcurridos los cuales descienden á la mansión de los difuntos. Las almas de los muertos dan un gran contingente al número de espíritus que siguen á los vivos unas veces protegiéndoles y otras perjudicándoles. Según la antigua creencia de los groelandeses como según las de los malayos y de los negros, toda la naturaleza está más ó menos poblada de poderes ó «poseedores» visibles sólo en muy contados casos que pueden ser útiles ó causar daño á los hombres. En el número de estos poderes puede ser admitido el hombre y hasta el niño de pecho, pues cuando se da muerte á un niño ó fallece éste por culpa de los parientes se convierte en espíritu malo que persigue á éstos con la desgracia y con la muerte. Igualmente peligroso es el hombre que se hace anacoreta convirtiéndose desde entonces en imagen

de la conciencia y de una suprema justicia castigadora, pues el anacoreta por el hecho de vivir solo con la naturaleza adquiere conocimientos y fuerzas especiales y en el caso más favorable llega á hechicero inspirando miedo su alma después de muerto. De aquí el cuidado y el apresuramiento en alejar al cadáver mientras permanece en él el alma que, según refiere Schiefner hablando de los aleutianos, sopla en el aire como aliento y desciende como sombra á la mansión de los muertos. Las almas que no son admitidas en ésta rugen en la tempestad, sacuden las tiendas y las chozas de nieve y ocasionan daños en donde pueden. Las almas de los que mueren ahogados caen bajo la soberanía del dios del mar *Binnato*-tenaia á quien las sirenas llevan las embarcaciones que hacen naufragar. Las montañas están pobladas de gnomos sobre los cuales reina el temido espíritu *Kluech*: apenas entran en los dominios de éste ofréncenle los *kenais* algunos sacrificios, caminando en silencio ó hablando un idioma distinto del vulgar. Del propio modo llenan los *tadjebyzes* las tundras samoyedas perjudicando ó favoreciendo según la influencia que sobre ellos ejerce el camán, único que puede dirigirles.

De todos estos poderes los que con más frecuencia vemos mencionados son los espíritus subterráneos de las costas que tienen sus viviendas entre los peñascos de la playa y navegan en *kajakes* como los hombres. Estos espíritus son de dos clases, buenos ó malos: estos últimos tienen poder especial sobre el que va en un *kajak* pudiendo atraerle á su estela en donde las olas le azotan y conduciéndole á sus viviendas en donde vive sujeto á una triste esclavitud. Al número de ellos pertenece el temido *Kallopalling* que sumerge al cazador en los abismos metiéndole en la monstruosa capucha de su túnica de piel de pato. En cambio los buenos acompañan y auxilian al cazador y matan para él animales marítimos, pero su proximidad ciega de tal manera á aquél que sus ojos no aciertan á verle. Únicamente desde alguna distancia puede observar que cerca de él navega otro *kajak*. Entre los esquimales de Cumberland, *Krikiru* es el causante de los calambres y de las muertes repentinas de los hombres. Los espíritus de la tempestad persiguen á algunos individuos que luego enferman lentamente hasta que fallecen. El número de semejantes espíritus es infinito, pues aquella naturaleza ruda, grandiosa y solitaria es muy á propósito para la multiplicación de los mismos. La leyenda y las creencias populares colocan el enjambre de sus espíritus especialmente en las cimas de las rocas que surgen entre la nieve como las islas en el mar; allí residen, entre otros, gigantescos halcones que echan á volar llevando un rengífero entre sus garras ó que con su pico agujerean peñascos; una porción de animales de rapiña tan terribles como aquéllos por su ligereza y por su fuerza viven en las grietas del hielo. Sólo unos pocos temerarios se han atrevido á luchar con estos animales conquistándose con ello un renombre para la posteridad. La desaparición de algunas personas en esos fragosos sitios ha sido atribuida á la sed de rapiña que sienten esos monstruos. Finalmente todos los objetos que para nosotros son inanimados están dotados, en sentir de estos pueblos, de un alma, pues, según averiguó ya Egede, en cada cosa vive, á los ojos de los esquimales, un poseedor ó *innúa*.

El mar con sus continuas transformaciones ora movido por la tempestad ora helado en cuanto la vista alcanza, es el principal teatro de los acontecimientos; más raras veces se habla de la tierra como origen de la vida vegetal y por ende como fuente de placeres para el hombre. Aventurarse mar adentro es considerado como prueba de gran valor no

sólo por los peligros reales que tal navegación ofrece, sino también por la multitud de espíritus que pueblan su superficie y sus abismos. Los hombres famosos de las leyendas emplazaban sus cazaderos tan lejos mar adentro que perdían de vista la tierra, excepción hecha de determinadas puntas elevadas de peñascos que desde lejos parecían focas ora acomodadas en la superficie de las aguas ora zambullidas en el seno del Océano. Allí solos en sus pequeños kajaks luchaban con las morsas y cazaban focas. Ir más lejos era una imprudencia porque en tan remotos parajes vivían kajakeros de elevada estatura, llamados *kajariakos*, que podían, entre otras cosas, producir tempestades que hacían difícil ganar sano y salvo la playa al que por ellas se veía sorprendido. Existen, además, *kongensetokites* ó sean hombres de mar aficionados á comer colas de zorros, é *ignersvites* que habitan en la playa ó en los escollos y se apoderan de los pescadores para hacer de ellos sus camaradas: estos últimos están dotados de un temperamento fogoso. Los groelandeses dan el nombre de *Innerterrisok*, es decir el que prohíbe, á un espíritu que vive en el aire: ese nombre está relacionado con la importancia especial que al igual que entre los americanos (véase la pág. 98), se atribuye á los vientos y quizás son idénticos á aquél los espíritus *sillaginsortokes*, ó sea los que soplan buenos vientos. Otro habitante del aire se denomina *Erloersortok*, es decir el que arranca los intestinos, que se alimenta de los intestinos de los que van al cielo, á pesar de lo cual está siempre flaco y tiene un color gris como si estuviera hambriento. Los *jenuarolites* son enanos de Groelandia y los *irkigites* espíritus crueles con hocico de perro.

La extraña veneración del oso, de la que hemos hablado al ocuparnos de los indios (véase la pág. 99), se extiende por todos los hiperbóreos del viejo mundo para quienes, desde los tunguses hasta los fínicos, ese animal es con el cielo y con la señora del mundo subterráneo un ser divino considerado especialmente como señor de todos los espíritus: esos pueblos creen que es un dios dotado de fuerza y de sabiduría que sólo á modo de envoltura lleva la piel de oso.

Por encima de este enjambre de fantasmas y gnomos semihumanos flotan los espíritus de una categoría superior y mucho más alta que todos la sombra de un dios creador supremo, cuyas huellas aunque débiles fueron ya reconocidas por anteriores observadores. Cranz, á pesar de poner en duda que los groelandeses tuvieran una religión, «pudo comprender claramente que los antepasados de éstos creyeron en un ser en las alturas á quien prestaron algunos servicios que sus descendientes fueron poco á poco descuidando á medida que se apartaron de los pueblos más inteligentes y más civilizados, hasta que acabaron por perder toda noción clara de una divinidad.»

Acerca de la naturaleza y del nombre de este ser supremo existen, sin embargo, las mismas dudas que encontramos en todos los pueblos naturales y acerca de cuyos fundamentos hemos llamado varias veces la atención. Es indudable que el sol disfruta de una adoración extensa y profunda que aparece en todos los pueblos hiperbóreos, hasta el punto de que aun en aquellos pueblos que desde hace mucho tiempo han abrazado el cristianismo, como muchos samoyedos, lamutas y otros, la veneración del sol y del fuego constituye el resto de paganismo más difícil de extirpar. Los camanes de los mogoles hacen sacrificios á ese astro arrojando leche al aire; los chuktches, los samoyedos y los tunguses le dirigen sus plegarias, y los últimos le llaman *Jelibeambeertje*, el que vigila y protege á los rebaños. Más alto, sin embargo, parece estar como dios del cielo análo-

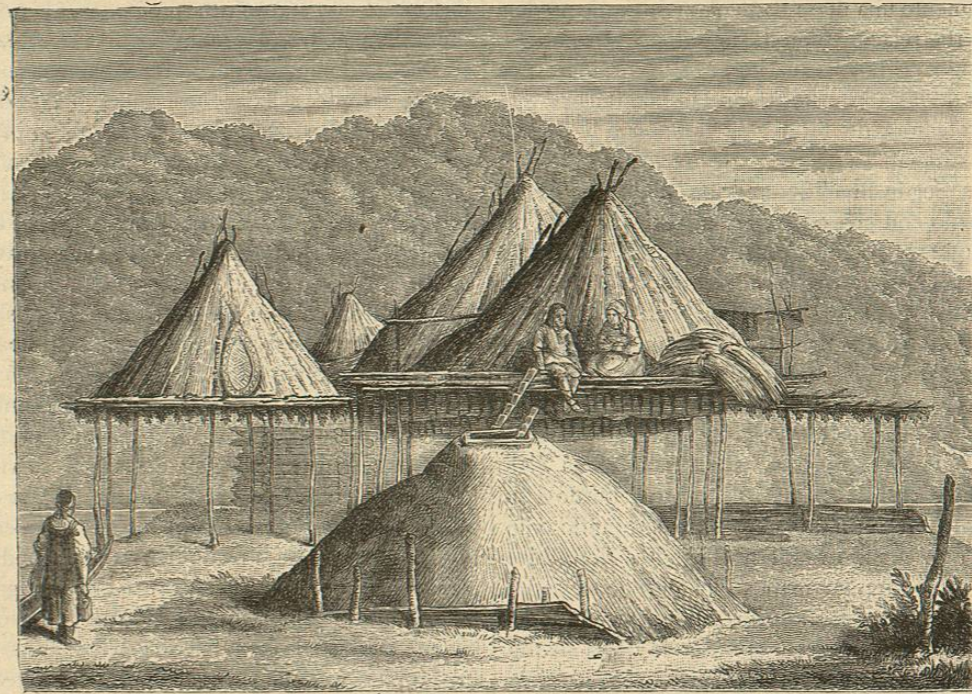
go al Ukko de los fínicos y al Aije de los lapones, Num á quien se designa como el ser superior y mejor de los samoyedos del Ural y que al propio tiempo significa cielo, al paso que las estrellas se denominan *Nunгы*: en armonía con esta elevada situación «es un dios sin forma algo parecido al Brahma de los indios y al Jehovah de los judíos» (Castrén). Ukko es también conocido con los nombres de señor de las nubes, niebla del cielo y anciano del cielo, y á él corresponde quizás Es, el dios celeste de los ostiakos del Ienissei. Entre los lapones hay algunos indicios de que en su origen oraron al sol y á la luna; en sus tambores mágicos el sol ocupa siempre el centro á menudo en forma de anillo pero más frecuentemente en forma de cuadrado apoyado en uno de sus ángulos de los cuales parten los rayos solares. Al sol únicamente se le sacrificaban animales blancos y sólo en honor suyo se encendían hogueras como símbolo del calor que de él irradiaba. Anualmente se comía para honrar á ese astro la llamada sopa del sol y el día de año nuevo se arrojaba una sortija de latón á un manantial ó á un torrente para deducir de los reflejos que despedía al posarse el sol sobre ella si el año sería bueno. Algunos antiguos observadores de las costumbres de los esquimales tomando por base el hecho de que á menudo miran salir el sol sumidos en meditación profunda han pretendido que adoraban á dicho astro. Pinart califica de «dogma fundamental» de la fe de los aleutianos la adoración del sol y de la luna, astros que son representados como hermana el primero y como hermano la segunda y que abrasados de amor el uno por el otro procuran reunirse desde que fueron separados. Malina (el sol) fué perseguido por su hermano Anninga á quien pintó la cara de negro para volverle á descubrir de día: esta es la causa de la mancha de la luna, la cual aun en nuestros días sigue dando vueltas al rededor del sol procurando aunque en vano aproximarse á él. Después de su último cuarto sube la luna en un trineo tirado por cuatro grandes perros y se dedica á la caza de focas, después de la cual reaparece bien alimentada. La luna se alegra cuando muere alguna mujer del mismo modo que el sol se regocija con la muerte del hombre. En los eclipses de luna ésta desciende á la tierra, pone en cinta á las mujeres, recorre las casas catando los manjares y mata á los hombres que no siguen todas las reglas de abstinencia; de aquí el estrépito que en tales ocasiones se arma para obligarla á abandonar este suelo. Según Rosse, los esquimales de San Miguel invocan á la luna para que les dé suerte en la caza. El estruendo que se produce durante los eclipses de luna que se consideran como calamidad pública, hácese también durante los eclipses de sol. Las groelandesas pellizcan á los perros en las orejas porque creen que estos animales, como creados antes que los hombres, presienten con gran rapidez las cosas futuras: si cuando se les pellizca no ladraran sería señal de que el sol se extinguía y el tiempo tocaba á su término. Algunos indicios, especialmente los dibujos hechos en los tambores mágicos, demuestran que la luna desempeñó también antiguamente un papel importante entre los lapones, razón por la cual se le sacrificaba un pedacito redondo de madera con un agujero para en las noches de luna encontrar el camino de la tienda.

Son muchas las estrellas que tienen una significación mitológica: la estrella de la mañana *Idset-naste* y la de la tarde *Aked-naste* iluminan al hechicero Noaiden cuando su alma se dirige á la mansión de las sombras. Según Schiefner, los kenais ven á su padre en una estrella de la Osa mayor, constelación á la que dan los groelandeses el nombre de Rengífero: las Hiades son para ellos un oso azu-

ño por perros; Géminis es el esternón del cielo y el cinturón de Orión está formado por cazadores de focas que habiéndose extraviado en la caza fueron colocados en el cielo. En sentir de estos pueblos la bóveda celeste descansa en una puntiaguda montaña del Norte sobre la cual da vueltas.

El estudio de la creación es también aquí uno de los medios principales para llegar al reconocimiento de un ser supremo. Los misioneros cristianos hallaron con sorpresa una amistosa acogida entre los groelandeses, atribuyéndola á que éstos habían meditado ya mucho antes acerca de las

causas de la existencia del mundo. Y aun cuando entre ellos los había que, al decir de Cranz, no creían tener un alma que subsistiera aun después de la muerte, en cambio había otros que pensaban, yendo más allá de las últimas ideas de muchos angekokes, que el hombre y los demás seres vivientes presuponían la existencia de un creador. El apéndice del mito del mundo estriba principalmente en la leyenda de que de la tierra salió un hombre el cual fecundizó un terrón creando de esta suerte á la mujer de la que deriva el género humano. He aquí el fundamento de la inmortalidad: entre los primeros hombres (creadores) estalló



Chozas de verano y de invierno de los kamschadales. (Según Cook.)

una lucha sobre si serían la noche ó el día ó los hombres los que subsistirían eternamente, resultando de ella que la noche y el día reaparecerían siempre y que los hombres perecerían. O más sencillamente: la mujer dijo al primer hombre: deja que éstos mueran para que sus descendientes tengan sitio. El primer hombre se denomina entre los groelandeses Kallak y fué el que de su pulgar creó á la mujer; algunos hacen preceder á esta creación la de un ejemplar más imperfecto que sobrevivió como «Rodluna» ó blanco. O también descienden los blancos de unos perros que siendo muy jóvenes fueron arrojados al mar dentro de un zapato que es para ellos su embarcación. Cuando la tierra sufrió un verdadero trastorno y vino el diluvio, el único hombre que sobrevivió creó á la mujer por medio de un golpe dado con un palo á la tierra.

Otro ser superior aunque de distinta clase aparece indudablemente en el Tongarssuk groelandés que la fe de aquellos esquimales suele señalar como ser supremo; pero como es especialmente designado como padre de los angekokes ó hechiceros, fácilmente se reconoce el fundamento de su situación preponderante y se le considera como un espíritu de la costa que sobresale entre todos los demás espíritus ó quizás, según afirma Rink, como el principal de todos ellos. Su gran influencia estriba en que mediante una alianza con él los hombres pueden llegar á ser angekokes, puesto que el tal espíritu ordenaba á los poderes de la naturaleza que le estaban subordinados que ayudaran á aquéllos á realizar sus empresas que con tanta frecuencia ensalzaban las le-

yendas. Por conducto de estos hombres obtenían luego los demás los conjuros, los amuletos y en una palabra los auxilios superiores para ver realizados en esta vida sus buenos deseos. Rink hace notar muy especialmente que ese espíritu desaparece casi por completo en la leyenda. Expresamente se ha hecho constar que no es un dios creador, pero como espíritu bueno parece haber sido colocado enfrente de un ser cosmogónico, su abuela, que habita en la tierra y reina sobre todos los animales marinos. Cranz no pudo averiguar si la divinidad femenina á quien su padre, Disko, arrebató de Groelandia y condujo por mar á centenares de millas de distancia, era mujer ó hija de ese espíritu, cuyo nombre se emplea principalmente para designar la noción espíritu cuando, por ejemplo, un anciano ha de beber en un manantial en que los otros no han bebido todavía, en cual caso se dice que ha de alejar del agua al Tongarssuk. Además parece concentrar en sí una porción de cualidades que se asignan en otras partes á otros espíritus. Ciertamente Egede dice que la mayoría de los groelandeses sólo de nombre conocían á este espíritu, pero de sus manifestaciones acerca de los angekokes se desprende que aquéllos sabían muchas cosas relativas al mismo por más que algunas de ellas fuesen contradictorias: unos se lo imaginaban en forma de oso, otros lo denominaban sin forma; algunos lo concebían grande y con un solo brazo, otros lo suponían pequeño como un dedo: unas veces habita en un Eliseo terrenal, otras vive debajo de la tierra. A pesar de todo esto es excelente la clasificación en que le